

La hora mágica

Nunca me había planteado mi vida de otra manera a cómo la vivía. No había nada más allá de aquellos grandes edificios, parques, lugares que solía frecuentar y mis amigos. Lo que hubiera fuera de esos límites no me importaba. Por eso, cuando traspasamos la frontera de ese pueblo, supe que me iría de allí en cuanto tuviera la edad y los medios para hacerlo.

- Te gustará, ya verás, es distinto a todo lo que conoces. – me había dicho mi madre cada minuto desde que me dio la noticia de nuestro traslado.

Mi actitud desde que supe que nos mudábamos había sido el silencio, el enfado y el llanto, por ese orden. Pero ninguna de las cosas que intenté hacer para que mi madre cambiara de parecer, daba resultado. Así que me resigné. Y ahí estaba, metida en el coche de mi madre, entrando en ese pequeño pueblo pesquero, y una desgana interna indescriptible. El mundo se me había caído encima como una losa.

“Claro que es distinto” pensé “no llega a ser ni la cuarta parte de dónde vivíamos”. Y me pregunté que iba a hacer en aquel lugar, donde me sentía una extraña. Levanté los hombros, cerré los ojos, y pensé que era así como quería quedarme todo el tiempo que permaneciera allí, ciega ante la injusticia.

Me despertaron unos gritos que venían del puerto, enfrente de nuestra casa. Era un viejo caserón bastante grande. Sus paredes de un blanco desgastado, y las ventanas y puerta principal de madera corroída por la brisa marina, le daban un aspecto algo siniestro. Al verlo por primera vez me recordó a una vieja fábrica abandonada. Por dentro estaba todo bastante viejo, ya que llevaba mucho tiempo cerrada, desde que mi abuela, que había vivido allí toda su larga vida y a la que yo había conocido tan solo mis dos primeros años de existencia, murió. En mi opinión era demasiado grande para las dos, a mi me gustaba más nuestro pequeño apartamento de la ciudad. Mi habitación estaba en el último de los pisos, que era una especie de ático, de un solo cuarto con un baño. Ahí me quise instalar desde el primer momento. No era que me gustara, sino que allí estaría independiente y tranquila.

Miré el reloj. Las cinco de la mañana. Me levanté de la cama de mal humor, dispuesta a maldecir a lo que fuera que hubiera ahí abajo. Desde mi ventana se veía el puerto, pero no alcanzaba a ver bien el origen de los alaridos, y me pregunté por qué habría tanta gente allí. Así que, puesto que supuse que no iba a poder dormir demasiado, me puse unos vaqueros y una chaqueta y me bajé a la calle, movida por una curiosidad insaciable.

Mis ojos no daban crédito a lo que veían cuando me iba acercando y la sorpresa me invadió. Algunos barcos pesqueros estaban llegando en esos momentos al puerto. Las cubiertas estaban llenas de cajas con pescados. Los pescadores faenaban colocándolas unas encima de otras, mientras el hombre que llevaba el timón en el interior del barco lo manejaba a su antojo, colocándolo perfectamente en su amarre. Me acerqué más para ver de donde provenían los gritos, porque por el momento mi vista solo alcanzaba a ver los barcos llegando a puerto. Una gran cantidad de barcos. Miré hacia la derecha, donde había una especie de arco, que daba a otra parte del puerto, donde atracaban los pesqueros. La gente se dirigía hacia allí así que los imité. Lo que vi entonces era algo que no había visto en toda mi vida. Y puede que fuera la cosa más impresionante que mi cabeza era capaz de recordar, y mis sentidos concebir. Aquello era maravilloso. Una gran actividad bullía por todo el recinto. Había mucha gente descargando las cajas de los barcos, sobre todo mujeres, cosa inimaginable para mí hasta hacía tan solo unos minutos. Las dejaban en unas mesas interminables, dispuestas a lo largo, unas junto a otras. Quería averiguar que roles tenía cada una de las personas que estaba viendo. Me adentré un poco más para observarlas mejor. Hacía frío, y me recogí dentro de la chaqueta, metiendo las manos en los bolsillos, y agradeciendo su forro polar. Sentí la brisa marina en mi rostro. Tenía un sabor especial, que me conmovió. Alguien me empujó, y me hizo regresar. Me giré, cansada, y refunfuñando. Pero se dio la vuelta hacia mí, y me pidió disculpas con la cabeza. Iba cargado con cinco cajas. Ese chico tendría mi edad. Cada uno allí parecía tener un papel. Cada uno realizaba su trabajo. Los ruidos marítimos, los cabos de los barcos, estirándose, con ese sonido tan característico y desconocido para mí, los golpes secos de las cajas, al caer en las mesas o en

el suelo, las mujeres estirando las redes de los barcos, para sacarlas de ellos, alguna gaviota madrugadora, que se acercaba y esperaba paciente a ver si desayunaba algún pez caído de las cajas, porque intuía que no podía coger ninguno sin permiso, bromas y risas de unos al cruzarse con otros, los pescadores subastando sus triunfos de aquel día, para poder dar de comer a sus familias, lanzando precios, a ver si había suerte y aquella mañana se llevaban buena cantidad, los compradores evaluando la mercancía y sopesando sus intereses. Y el sonido del viento y el mar, susurrando secretos. Todo formaba parte de una melodía especial.

Y yo, en medio de aquel bullicio y vorágine, con los ojos muy abiertos a pesar del sueño, y sin palabras, atendiendo a cada movimiento que surgía a mi alrededor.

El sol empezó a arañar el cielo, despuntando sus rayos y empujando a la luna hacía otra parte del mundo. Miré el cielo anaranjado, y una sensación de paz, que jamás en mi vida había sentido, invadió mi cuerpo y mi mente y entré en un estado de ensoñación.

Un par de horas más tarde, cuando todas las cajas se habían vendido y los compradores se iban a los mercados a hacer lo propio, los pescadores comenzaban por fin su noche y se iban a casa a dormir unas horas, antes de volver a salir al océano. Y el puerto comenzó a vaciarse. Entonces, di media vuelta, respiré una gran bocanada de aire y con la tranquilidad de aquel momento, comencé a caminar hacia mi casa.

Llevaba allí un mes. Desde aquel primer amanecer, había ido todos los días a la subasta de pescado. De hecho, como acudía cada madrugada, empezaban a conocerme, preguntándome cosas sobre mí, e iba caminando a su lado mientras trabajaban, ayudándoles en lo que podía, contándoles todo lo que querían saber, y averiguando personas y vidas maravillosas. Diego era mi favorito. La primera vez que le vi me llamó la atención, porque había sido el primer chico de mi edad que había visto en aquel pueblo. El segundo día que fui a la subasta, se acercó a mí y me sonrió, con un silencio que luego descubrí que era tan propio de él. Con un gesto de cabeza y ofreciéndome una de las cajas que cargaba, me dio a entender que quería que le echara una

mano. Aunque no me apetecía demasiado, mi cabeza asintió, y me puso en las manos una caja de pescado. Todo el mundo que iba a la lonja, colaboraba en algo. Y él me integró.

- Sígueme.- me dijo.

Fui casi corriendo detrás de él, ya que no lograba alcanzar sus zancadas. Era un chico fuerte, grande para ser de su edad, bastante alto y muy moreno. Me llevó hasta una de las mesas donde había más cajas y el nombre de un barco “Atalaya”. Me explicó dónde y como debía colocar el pescado. Me observaba con su mirada inocente y una media sonrisa, al comprobar mi torpeza. La torpeza de alguien que no ha tocado un pez y no ha cargado cajas en su vida.

Aquel segundo día fue inolvidable para mí.

A lo largo del tiempo fui acostumbrándome a vivir en aquel lugar. La subasta de pescado era mi momento favorito del día, pero poco a poco la gente de ese pueblo empezó a engancharme de veras, provocando en mí una curiosidad y admiración sobre su forma de vida, conmoviéndome con cada nueva historia y persona que conocía.

Recuerdo numerosos momentos en los que pensé que parecía que habíamos retrocedido muchos años en el tiempo. Al llegar a nuestra casa no había ningún indicio de tecnología, y mi triste walkman con sus cascos, parecía un adelanto casi inimaginable para ellos. No había televisión ni ordenador y, al principio me pregunté en qué iba a ocupar mi tiempo. Pero se me fue olvidando.

Tras varias semanas allí mi madre comenzó a trabajar en una tienda de comestibles, que era de una amiga de mi abuela y, en cuanto la vio después de tantos años, afirmando que “era clavada a su madre”, no dudó en ofrecerle un puesto en su pequeño negocio. Y se dedicaba a poner a punto la casa, que estaba tan estropeada. Yo me matriculé en el único colegio del pueblo, para comenzar en septiembre, y superar mi último año, antes de ir a la universidad.

- Ven. Mis padres quieren conocerte. – me dijo Diego una madrugada, tras la subasta.

Me llevó hasta el barco de su padre. Era lo bastante grande como para que cupieran ocho personas trabajando. Su padre, Onofre, estaba con un par de pescadores más, limpiando el barco.

Era un hombre grande, corpulento, y llevaba una barba no muy abundante y gris. Me impactó estar delante de él. Imponía su presencia. Pero cuando me sonrió, de la misma forma que lo hacía Diego, achinando los ojos, de pronto su presencia fue todo ternura. Observé a mi alrededor. En la parte trasera del barco, vi a su madre con otras dos mujeres, arrodilladas en el suelo, con un cilindro enorme rodeado por una red sobre las piernas. Le pregunté a Diego que era lo que estaban haciendo.

- Arreglando las redes estropeadas. – me contestó.

Las miré detenidamente. Estaban muy concentradas en su trabajo, zurciendo las partes rotas de aquella extraña red.

- Es una nasa- comentó Diego, adivinando mi pregunta.- Es una red de pesca pasiva, con forma de cilindro, como ves.- Rió al ver mi mueca.- Es un tipo de pesca menos dañina para el medio ambiente. – Asentí con interés.- Al ser más pequeña que una red de arrastre, y el hecho de que los peces vean su camino dirigido, por la forma de la red, hace que no se capturen más especies de las que se necesitan, y además este tipo de pesca evita que aves, como las gaviotas, queden atrapadas en la red, y los fondos marinos se dañan mucho menos.

Diego me estuvo comentando la importancia del tipo de pesca y sus efectos sobre el medio ambiente, y cómo conservarlo. Me di cuenta de las cosas que me faltaban aún por aprender, y que consideraba fundamental saber y no solo en un lugar como aquel.

Volví a mirar a aquellas mujeres. De vez en cuando alguna de ellas comentaba algo, y las otras reían. Y entonces me di cuenta de una cosa. Aquella gente era feliz. Lejos del mundo moderno, de la tecnología, televisión, coches y aparatos electrónicos, de los teléfonos móviles y ordenadores. Lejos de los edificios, los grandes almacenes, del bullicio de la ciudad. Aquella gente, que vivía de y para la naturaleza, como una comunidad unida, era feliz.

- La primera vez que vi que había tantas mujeres descargando cajas, y con las redes, me sorprendió. No me imaginaba a una mujer trabajando en esto.

Su mirada era interrogante.

- Porque siempre había creído que el mundo de los pescadores era de hombres.
- Y lo es. Pero no podríamos subsistir sin ellas.
- Te incluyes.- Afirmé.
- Claro. Yo el año que viene empezaré a salir con mi padre. Esto va de padres a hijos. Y este barco algún día será mío.- Me contó, con ojos soñadores.
- ¿Y por qué ellas son tan importantes? ¿Qué hacen?
- Pues además de lo que ves.- Comentó señalando a su madre.- Ellas lo controlan todo, llevan la vida aquí. La casa, por ejemplo... deben encargarse de nosotros, nuestra educación, y alimentación de la familia. Eso no es fácil. A veces somos muchos. Y trabajan. Con las redes, en los mercados, en los huertos, recogiendo fruta, recolectando, cocinando... Después de estar en la subasta, la mayoría van allí a vender los productos, o a cultivar.

Asentí con la cabeza.

- No es una sociedad tan machista como mucha gente cree. Las decisiones más importantes, la mayoría de las veces, las toman ellas. Por ejemplo, el dinero. Deciden cómo y en qué debe gastarse. Mi madre es la que lleva los pantalones en mi casa.- se rió. – Buenas son. – Suspiró.- Vamos, te la presentaré.

En el momento en que la vi, supe la fuerza que tenía aquella mujer. Su sonrisa era amable, pero dura. Sentí una profunda admiración y respeto por esas mujeres. Me miraban con curiosidad. Una de ellas, la más mayor, me preguntó si era nieta de mi abuela. Asentí.

- Gran mujer.- afirmó.- Era como la matriarca de este pueblo. Un ejemplo a seguir. Y mi mejor amiga.

Lo dijo sin apenas mirarme, sumida en sus recuerdos. Yo sonreía sin saber muy bien por qué.

- Mamá.- dijo Diego con una sonrisa maliciosa, y mirándome de reojo.- Patricia quiere saber qué es lo que hacéis aquí. – Y bajó la voz.- Luego te contaré lo que pensaba de nosotros.

Le eché una mirada asesina, pero seguía manteniendo la sonrisa. Su madre me miró divertida.

- Claro, Patricia, siéntate aquí. Te contaré todo lo que quieras saber.
- Bueno, yo os dejo. Voy a ayudar a papá.

Y yo me quedé con ellas, que empezaron a contarme historias y anécdotas que habían vivido a lo largo de sus vidas. Yo preguntaba sin descanso. Llevaban muchos años allí, llevando el mismo tipo de vida. Madrugar, horas de trabajo, la casa, los hijos.

- Es duro, sí, pero tampoco conocemos otro tipo de vida. Es lo que nos ha tocado vivir. – comentó una de ellas.

- Si, pero a mi me gusta. No podría vivir de otra forma. A veces llega alguien cómo tú que nos recuerda que ahí fuera se vive de manera distinta, pero nosotras estamos bien así. No necesitamos mucho más.

- Además ¿qué harían ellos sin nosotras?

Se echaron las tres a reír.

- No sobrevivirían.
- Pero ¿tantos años viviendo de la misma forma, haciendo lo mismo cada día? ¿No os cansáis?
- Claro, como todo el mundo. Pero en la ciudad también pasa. ¿O no va el empresario a su oficina a hacer cada día lo mismo? ¿O el banquero a su banco? ¿O el dependiente a su tienda? En la ciudad también caes en la monotonía. Lo que pasa es que quizá es una monotonía más cómoda.

Me sorprendió su respuesta.

- Quizá a ti te cuesta un poco verlo, porque has sido educada de otra manera, en otro lugar, pero nosotras siempre hemos vivido así. Claro que hay muchas cosas que mejorar, sobre todo quizá nuestra situación, pero no vivimos mal. Nos costaría tanto acostumbrarnos a tu vida como a ti a la nuestra. Supongo.- Afirmó la más joven de ellas, Alicia.

Alicia llevaba poco tiempo en el pueblo. Había vivido en otro cercano, pero que no era pesquero. Allí se dedicaba a llevar el caserío que regentaba su marido. Se encargaba de la huerta y de los animales.

- Ordeñar. Es lo que más cuesta aprender, pero luego lo que más me gustaba. Eso sí que lo echo de menos. Allí la vida es dura, aunque no se madruga tanto como aquí. Pero también es más solitaria. Cada uno, digamos, lleva su caserío. Aquí el trabajo es más social, estás con más gente, aunque le echas más horas.

Empecé a ver las cosas a través de los ojos de aquellas mujeres, a ver la vida de otra manera. Poco a poco, me fui integrando en aquella sociedad. Pasaba mucho tiempo con ellas, aprendí su trabajo. Tenían razón. Era muy duro, y cansado. A veces no podía casi ni hablar. Pero era gratificante. Ellas, además, me contagiaban su esperanza, su fortaleza, y sus ganas de vivir. Me regalaban su experiencia y alegría. Admiraba su lucha cotidiana, y la claridad de sus ideas. Y Diego, con su singular carácter, su ilusión y característico sentido del humor, me enseñaba cada día la amistad verdadera. Una sociedad desconocida para mí que, a lo largo del tiempo se estaba convirtiendo en algo importante, más fuerte de lo que nunca hubiera imaginado.

Puse los platos en la mesa, mientras mi madre terminaba de hacer la cena. Aquella noche había reunión en la plaza del pueblo. Lo hacíamos una vez al mes. Era como una especie de consejo político, en el cual el alcalde exponía determinados puntos importantes y se votaban las decisiones entre todos. Una vez más, las mujeres tenían una posición privilegiada en aquellas reuniones. Gozaban de la confianza de todos en sus opiniones y decisiones, ya que ellas eran quienes conocían realmente la vida del pueblo, mientras sus maridos iban a pescar. En el mejor de los casos no pasaban mucho tiempo en el mar, pero había temporadas que podían pasar meses trabajando, bajo duras condiciones climatológicas.

- Esas temporadas son las más duras para nosotras, bueno, y para ellos. Estar separados no es fácil. A veces te falta ese empuje de esa persona que comparte tu vida. Y nosotras estamos preocupadas, escuchando la radio a todas horas, porque es

peligroso. Pero es algo que tiene que hacer y a lo que nosotras nos tenemos que acostumbrar, ya desde pequeñas, con nuestros padres. No nos queda otra, aunque tenemos el corazón en un puño hasta que les vemos regresar.

Las mujeres entonces tenían aún más fuerza en el pueblo, porque eran ellas quienes siempre estaban allí, sabían todo lo que pasaba, y lo vivían cada día.

Salimos a la calle. Todavía no me acostumbraba al encanto de aquel lugar. Todo el pueblo se construía sobre una montaña, que iba a caer al mar. Ahí era donde estaba el pequeño puerto, donde yo pasaba tanto tiempo. Las casas se levantaban, blancas, saludándote sin esa altanería propia de algunos pueblos parecidos. Las calles que subían a la plaza principal eran empedradas, y un tanto estrechas. La plaza era un lugar espacioso, con una fuente en medio de la misma, una fuente antigua, casi más que el propio pueblo, de piedra oscura y natural. Desde allí, rodeando la fuente se extendía un pequeño pasadizo con un arco, que daba a otra plaza más pequeña, donde estaba situado el mercado. Si mirabas hacia arriba, una gran montaña se abría paso ante tus ojos. Una montaña virgen, sin nada construido, sin huellas de la mano del hombre. Naturaleza pura. Unos bosques llenos de árboles grandes, fuertes y sanos, como aquella gente. Unas plantas que crecían libremente, y que se utilizaban para sanar o cocinar, hecho que, al principio, también me llamó la atención. El arraigo y amor profundo que le tenían a la naturaleza, a la que cuidaban “porque es nuestro mundo”, decían. Un mundo cuidado por ellos y el agua de las lluvias, que por primera vez en mi vida me resultaban agradables. La lluvia era vida. Olía y sabía a vida.

Como nosotras, todo el pueblo iba aquella noche a la reunión. Nos íbamos encontrando por el camino, saludándonos jocosamente. A pesar de la importancia que tenían aquellas reuniones para el pueblo, estaban provistas de un tono festivo muy característico.

Nos sentamos al lado de la familia de Diego, que nos saludaron con júbilo.

- Tengo que hablar contigo, Patricia.- Me dijo mi madre muy seria.

La miré preocupada e interrogante.

- Tenemos que irnos.

- ¿Irnos? ¿Te encuentras mal? ¿Es eso?
- No... del pueblo, cariño.

Me quedé sin aliento. Como cuando, ocho años atrás, me dijo exactamente lo mismo para mudarnos allí. Mi madre se había marchado de joven porque quería vivir cosas nuevas. Las vivió, y volvió a dónde pertenecía, a sus raíces. Ahora le surgía otro trabajo nuevo, otra vida nueva, y quería aprovechar la oportunidad. Así era ella, cambiante. Pero yo no. Yo tenía mis raíces en aquel lugar. No había crecido allí pero quisiera haberlo hecho. No quería volver a mi mundo de antes, allí estaba mi abuela, mi abuelo, mis antepasados. Todo lo que yo era se lo debía a esa tierra y a esas gentes. Me habían enseñado valores y formas de vida inimaginables para mí. Una vida y un lugar del que me había enamorado y sabía que no podría dejar. Y, además, yo era imprescindible. Ellas me lo habían dicho. Todas lo éramos. Y más para él. Diego.

Entonces tomé una decisión arriesgada. Una decisión que me lleva a contar, treinta años después, lo que este lugar significa para mí. Me lleva a hablar sobre el valor de la vida de la gente de aquí, sobre el valor de lo que hacen, sobre cómo sin esas personas, muchos pueblos, muchos parajes naturales, muchas de las cosas que comemos, o que conocemos los que venimos de otros mundos, no existirían. Y su fuerza, supervivencia, y trabajo en todos los sentidos, las hacen ser quien son, con eso especial que tienen y no sé cómo describir, porque hay que conocerlas, estar a su lado para hacerse una idea de lo especiales que son y lo que consiguen con sus manos y su voluntad en un mundo rodeado de hombres, dándoles un apoyo incondicional, incluso en las largas ausencias, esas en las que la esperanza y la cotidianidad son protagonistas. Eso es lo que hice yo, y lo cuento sentada en la primera silla que vi al entrar en aquella casa, en la primera habitación que pisé, pero con una sensación totalmente distinta. Una sensación de felicidad, esperando pacientemente esa hora mágica, donde comienza mi camino diario, en la que llega mi marido Diego al puerto y me hace esa seña nuestra, pactada hace mucho tiempo, cuando me dí cuenta de que yo, como ellas, también quería ser especial.